

ESTRUCTURALISMO LINGÜÍSTICO E INVESTIGACIÓN DIALECTAL *

Si uno se eleva un poco sobre el panorama de la lingüística actual, de modo y manera que el tupido frente de árboles chomskyanos no le impida ver el bosque con profundidad y perspectiva, lo que alcanza a divisar es que el tal bosque lingüístico se sitúa más o menos entre dos coordenadas perfectamente distinguibles: estructuralismo y cibernética. De una parte, un cuerpo teórico convincente, una concepción coherente del lenguaje, que se logra, precisiones y prolongaciones aparte, con Ferdinand de Saussure, y de otra, las acuciantes exigencias de un mundo tecnificado en el que a toda teoría se le quiere ver el trasluz utilitario.

Digamos que la cibernética no ha sido ajena a nuevos desarrollos teóricos y que disciplinas tan recientes y en auge como la semántica estructural o la gramática generativa han debido su despegue, claramente, a la necesidad de programar las máquinas de traducción. Y esto es algo que no debe ignorarse, porque las coordenadas entre las que se mueve la lingüística se olvidan fácilmente y hay un peligro que se cierne sobre ella y que amenaza de continuo con embrollar lo que ya estaba suficientemente desenredado; me refiero al diletantismo teórico, a ese afán por teorizar, con desprecio de los datos y desde fuera, con que obsequian a la lingüística, desde otras disciplinas especulativas, aquellos que entienden la panacea interdisciplinaria, de la que tanto se habla, más como entrometimiento que como autocorrección y que acaban de descubrir, tal vez en media docena de libros mal traducidos, lo que los lingüistas sabíamos

* Ponencia presentada al Simposio de la Sociedad en diciembre de 1975.

de antiguo, porque el estructuralismo, antes de convertirse en último grito de la moda intelectual, había sido para nosotros atuendo cotidiano de andar por casa. Y una de las cosas sobre la que deberíamos reflexionar los lingüistas españoles es el cariz que debe poseer nuestro estructuralismo y cuál puede ser entre nosotros su aprovechamiento, su perspectiva de aplicación, en qué campos de investigación es usadero. Y no ignorar que por ahora, en la cibernética que nos atañe, la de las máquinas de traducir, España no ha pasado del traduscopio óptico y acústico de que nos habló Baroja en las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, basado, decía, «en el sabio y desconocido principio del doctor Philf, de que las palabras, así habladas como escritas, se van dilatando a medida que se aproximan a los trópicos y contrayéndose a medida que se alejan», y donde bastaba con hablar español por un tubo y graduar más o menos unos tornillos para obtener, por el otro extremo, la lengua previamente escogida. Y hasta aquel invento —digámoslo para ser justos— no era uno de los de Paradox, sino de los de su maestro de invenciones, el inglés Macbeth.

Si el eje cibernético nos queda así un poco a trasmano, nuestro estructuralismo puede dedicarse con más firmeza y asiduidad a otras parcelas lingüísticas menos implicadas en la mecanización, como la dialectología, por ejemplo. «Is a Structural Dialectology Possible?», se preguntaba Uriel Weinreich desde el título de un famoso trabajo publicado en la revista *Word* en 1954¹. Y la pregunta se ha repetido desde entonces docenas de veces, el problema se ha planteado desde muy distintos puntos de vista: Ivić, Doroszewski, Pulgram, Francescato, Hutterer, y el propio Diego Catalán entre nosotros².

¹ *Word*, 10, 1954, págs. 388-400.

² P. Ivić, «On the Structure of Dialectal Differentiation», en *Word*, 18, 1962; W. Doroszewski, «Le structuralisme linguistique et les études de géographie dialectale», en *Reports for the Eight International Congress of Linguists*, Oslo, 1957; E. Pulgram, «Structural Comparison, Diasystems and Dialectology», en *Linguistics*, 4, 1964; G. Francescato, «Struttura linguistica e dialetto», en *Actes du X^e Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, III, París, 1965; C. Hutterer, *La geografía lingüística y la dialectología*, cuaderno número 10 del Inst. Ling. Latinoamericano, Montevideo, 1965 (traducido del original húngaro por J. P. Rona); D. Catalán, «Dialectología y estructuralismo diacrónico», en *Miscelánea homenaje a André Martinet*, III, La Laguna, 1962.

Adelantaré que la pregunta de Weinreich así enunciada, ¿es posible una dialectología estructural?, me parece retóricamente válida, pero científicamente falaz. Si hay una lingüística estructural —y estructuralistas en lingüística lo son, a veces, incluso los que niegan serlo— necesariamente ha de ser estructural la dialectología, o no ser nada. Estoy completamente de acuerdo con mi maestro y maestro de dialectólogos, el profesor Manuel Alvar, que en su libro *Estructuralismo, Geografía lingüística y Dialectología actual*³ hace hincapié en que no se puede atacar desde la dialectología estructuralista la llamada dialectología tradicional, sino simplemente la mala dialectología.

A mí el título del artículo de Weinreich, conocido mucho antes de leer su texto, me había producido de inmediato extrañeza, porque yo era por aquellos años cincuenta y tantos un dialectólogo de campo que había empezado a ir de pueblo en pueblo sabiendo, por Saussure, que la lengua es un sistema solidario de signos mutuamente condicionados, y cada nueva encuesta, cada nueva experiencia de investigador dialectal no amenguaba mi concepción estructuralista, sino que la acrecía. Bien es verdad que Weinreich y los otros que dije han estado más bien haciéndose cuestión de los métodos expositivos de los estudios dialectales, de sus moldes de presentación, de las finalidades que se han venido proponiendo, que juzgando la investigación como tal, el proceso de la encuesta, el puro trabajo del dialectólogo. Y aquí, por el contrario, es donde voy yo a intentar poner el acento.

He hablado hace un momento de dialectología tradicional y mala dialectología. La dialectología surgió como una secuela de la gramática histórica, con una finalidad declaradamente historicista, como un procedimiento de añadir testimonios actuales a la historia pretérita, con un cierto regusto arqueológico, como un estudio de la lengua viva, sí, pero con preferencia siempre por el fósil lingüístico. Como antes de adquirir carta de naturaleza científica había sido simple rebusca de aficionados, los aficionados han continuado siempre en la brecha y hasta han prestado sus métodos a los, digamos, profesionales. Porque buena parte de éstos han sido sólo dialectólogos de ocasión, dialectólogos de tesis doctoral para salir del paso. Esa

³ Bibl. Rom. Hisp., Editorial Gredos, Madrid, 1969, pág. 32.

es la mala dialectología que se confunde con la dialectología tradicional. ¿Por qué tal abundancia de trabajos de este tipo? Evidentemente por la misma condición de la dialectología, por su propia extensión e infinitud.

Lo aclararé. La investigación lingüística puede ser de dos clases, o investigación filológica o investigación dialectológica, es decir o investigación de los textos o investigación de los dialectos, de las hablas vivas. La investigación filológica es la investigación de un objeto limitado, fijado, estático. El corpus de textos de una lengua dada es un corpus finito, su análisis lingüístico, una vez realizado, puede ser definitivo: sobre un texto estudiado no hay, teóricamente al menos, ninguna razón para volver. En cambio la investigación dialectológica se dirige a un objeto dinámico, cambiante y, desde luego, ilimitado, no sólo prácticamente infinito, sino teóricamente infinito, infinito por definición. Me explico: Concluido el estudio de un habla determinada, de una localidad, de una comarca, inmediatamente podemos volver sobre ella, volver a estudiarla, y como en cualquier caso habrá transcurrido un tiempo, tendremos dos estados sucesivos del dialecto y, por consiguiente, una posibilidad de contraste, una ocasión, tal vez, de advertir esos cambios mínimos que pueden desencadenar la evolución. Es decir, en cualquier caso cabe —supuesto el improbable agotamiento espacial y social, o sea el estudio de todos y cada uno de los dialectos de una lengua—, en cualquier caso cabe, digo, volver a investigarlos, con lo que la dialectología se convierte necesariamente y por su propia naturaleza en el cuento de nunca acabar.

Así se explican esas entradas a saco, esas múltiples recolectas indiscriminadas, esas alegres tesis doctorales, cargadas a partes iguales de inexperiencia y de fácil información, esos batiburrillos y misceláneas dialectales que suelen constituir la bibliografía al uso en la dialectología de cualquier lengua. Sin mayores miramientos teóricos ni escrúpulos metodológicos. Cazando al ojeo y disparando a bulto. No hay más que repasar los veintitantos tomos de *Orbis*, revista de Dialectología general fundada en 1952 por Sever Pop, en la Universidad de Lovaina, con ánimo de reunir en sus páginas a los dialectólogos de los más diversos dominios lingüísticos para que intercambiaran ideas y métodos. Pues bien, transcurrido un cuarto de siglo, no son demasiadas las ideas intercambiadas y abundan más los tra-

bajos referidos a problemas particulares de dominios concretos, o los meramente noticiosos, que aquellos de verdadera índole teórica o metodológica de validez general.

Parece ser, en cualquier caso, que los dialectólogos estructuralistas han recibido el estructuralismo *a posteriori*, como un añadido que encajan aquí o allá en sus exposiciones, con notable afán de modernizar su tarea, y los estructuralistas *a priori* desprecian de entrada la dialectología, aunque no se recaten de pontificar sobre ella, casi siempre para relegarla a los umbrales de la verdadera lingüística, a los dominios, auxiliares si se quiere, de la lingüística externa.

Como yo voy a hacer aquí algunas afirmaciones atrevidas, desde luego insólitas, en lo que se refiere a la ubicación de la dialectología puertas adentro de la lingüística más rabiosamente estructural, bueno será que comience por establecer mi filiación y les explique a ustedes, a modo de apólogo o enxiemplo, de qué manera un estudiante de tercer curso de Filosofía y Letras, en una Facultad de provincias, pudo darse de manos a boca con el estructuralismo, en el curso 1947-48, y convertirse, como quien no quiere la cosa, en discípulo de Ferdinand de Saussure. La asignatura, entonces reciente en el plan de estudios, llamada «Gramática general» fue encomendada a un joven profesor adjunto, al que no ya la Gramática general, incluso las Gramáticas particulares le tenían más bien sin cuidado; sus aficiones y sus intereses se encaminaban hacia la Historia literaria. Las necesidades docentes lo habían llevado a aquella disciplina ajena y lo habían puesto en la obligación de sacarla adelante. Escogió la vía más simple: buscar en las librerías algún libro que tuviera que ver con la materia. Y encontró nada menos que el *Curso de Lingüística general* del maestro ginebrino, que había sido traducido dos años antes por Amado Alonso. Ese fue mi curso de Gramática general, el libro que tuve que aprenderme, del que tuve que rendir examen. Tan sencilla la cosa.

Les pido perdón por este excursus autobiográfico, pero creo que la anécdota no es irrelevante, porque pone de relieve que la difusión del saussureanismo en España fue bastante temprana. Y esto, cuando tanta gente ajena a la lingüística ha ido descubriendo a Saussure, vía Lévi-Strauss, en los diez o doce últimos años, y hasta algunas revistas ilustradas se han permitido citarlo en francés, como la úl-

tima novedad ultrapirenaica, no es un dato baladí. No hay más que leer, por citar un libro de divulgación, el de Mounin sobre Saussure, publicado el 68 y traducido el 69⁴, para darse cuenta de lo que en la historia del estructuralismo lingüístico puede representar que el *Curso* sirviera de texto en una Universidad española en esa fecha que digo, cuando en Francia, según Mounin, sólo empieza a leerse en serio después de 1956.

He de añadir ahora que en octubre de ese año 1948, con mi Saussure bien aprendido —aunque no del todo digerido, claro está— comencé a ser alumno del profesor Alvar e inicié con él mi orientación hacia la investigación dialectológica. Creo que mi tesis doctoral de 1953 sobre *El habla de Cúllar Baza* es todo lo mala que una tesis doctoral suele ser —y eso nunca lo sabe nadie mejor que el doctorando—, pero representa tal vez, de todos modos, un esfuerzo por abandonar el molde historicista, habitual entonces en ese tipo de trabajos, y darle aire de Gramática descriptiva a la exposición. Y allí aparece la Fonología: Trubetzkoy, Jakobson —a los que había llegado a través de Alarcos— y un intento, entre varios que se han hecho, de establecer el sistema fonológico vocálico del andaluz oriental⁵.

En cualquier caso un Saussure bien estudiado gravitaba sobre mi trabajo de aprendiz, y si ciertas premisas del *Curso*, al comienzo de la cuarta parte, la dedicada a la lingüística geográfica, propiciaban el futuro largo confinamiento de estos estudios a los dominios de la lingüística externa, también se me había quedado muy grabada la

⁴ Georges Mounin, *Saussure. Presentación y textos*, Edit. Anagrama, Barcelona, 1969. Cf. las págs. 63-70, sobre la suerte de Saussure; el autor no sólo ignora la posible influencia de Saussure en España, sino que, ante el hecho insoslayable de que el número de ediciones del *Curso* en español sea parejo al de ediciones francesas, aclara tras enumerarlas: «pero todas en Buenos Aires», como si el Río de la Plata perteneciera a otro planeta o ya no hubiera barcos en el Atlántico. Son curiosas estas reacciones de lo que pudiéramos llamar paradójicamente, para entendernos, el celtiberismo francés. También un médico amigo mío me obsequió en 1969, al volver de una estancia en París, y por consejo de un profesor universitario que había conocido, con la 8.ª edición del *Cours* —en español íbamos por la 9.ª— para que me fuera poniendo al día; tuve que explicarle a mi amigo el médico, intelectual de últimos libros, que de ése me había yo examinado en 1948.

⁵ Mi tesis se publicó en los tomos 41 y 42 de la *RFE* y en el 14 de la *RDTyP*. Sobre el vocalismo andaluz oriental puede verse ahora, en el fascículo anterior de la *RSEL*, mis «Unidades fonológicas vocálicas en andaluz oriental».

afirmación hecha tres páginas más adelante de que entre dialecto y lengua hay sólo una diferencia de cantidad, no de naturaleza⁶.

Y creo que éste es uno de los puntos claves para la comprensión de toda esa problemática de enfrentamientos dialectología/estructuralismo que tan nutrida bibliografía ha producido. Si un dialectólogo entiende el dialecto que estudia como lengua funcional, como una de las múltiples lenguas funcionales que constituyen la lengua histórica, según la terminología puesta en circulación por Coseriu, no sólo no se sentirá marginado del estructuralismo, sino que advertirá su tarea más estrictamente ligada al estructuralismo que los posibles análisis de la lengua histórica. Recordemos estas palabras del propio Coseriu:

«La variedad de la lengua histórica no constituye una dificultad de principio para la lingüística estructural: es una dificultad empírica de toda lingüística interna... Los que invocan el argumento de la variedad de la lengua histórica contra la lingüística estructural son en realidad estructuralistas sin saberlo, puesto que reconocen implícitamente la existencia de sistemas y no hacen más que invocar contra un sistema otro sistema. La misma lingüística estructural acepta una simplificación tradicional: Sobre todo en Gramática histórica es corriente hablar de griego o de latín o de francés o de español sin precisar tiempo, lugar o condición social. Se acepta tácitamente esta simplificación, en parte porque las precisiones son imposibles, pero en parte también porque las gentes de buena voluntad comprenden que cada vez se trata de un griego, un latín, un francés o un español distintos»⁷.

Está claro, pues, que cuanto más limitemos en el espacio, en el tiempo, en la estratificación social, la variedad de lengua que estudiemos —y eso son los dialectos en su sentido más preciso: variedades geográficas o sociales, perfectamente localizadas, en un tiempo dado—, tanto más cerca nos hallaremos de una lengua funcional, de un sistema puro no implicado en un diasistema de mayor extensión. El dialectólogo puede permitirse, pues, ser estructuralista, con menos reservas y convencionalismos que el estudioso de la lengua histórica.

⁶ Cf. el capítulo I de la cuarta parte del *Curso*, especialmente las páginas 305 y 308. Cito por la primera edición española, Buenos Aires, 1945.

⁷ E. Coseriu, «Pour une sémantique diachronique structurale», en *Travaux de Linguistique et de Littérature*, II, Strasbourg, 1964, pág. 140.

Lo que pasa es que el dialectólogo ha solido andar bastante despistado con el objeto de su estudio y, después de Saussure y a pesar de esa afirmación del maestro ginebrino que dijimos, ha tenido más bien la idea de que lo suyo era el estudio de un aspecto lingüístico correspondiente a la «parole» y no a la «langue». Aunque el fenómeno ha sido universal, yo diría que en la dialectología hispánica se ha visto agravado por la ambigüedad que adquirió el término «habla» al ser utilizado por Amado Alonso para traducir el francés «parole» de la famosa antinomia saussureana. Resultó así que «habla», empleado antes y después con el sentido de «variedad dialectal de una localidad o comarca», equivalente del francés «parler» y hasta del francés «patois», es decir, en cualquier caso un hecho colectivo y no individual, un sistema de signos y no un conjunto heteróclito de manifestaciones, una «langue» y no una «parole», el «habla», repito, en su sentido dialectal, resultaba así ser, en términos de la traducción castellana del *Curso*, todo lo contrario —digámoslo con un viejo tópico didáctico— de lo que su mismo nombre indica, resultaba ser lo opuesto a un «habla» en términos de lingüística general.

Pero como nadie se paraba a explicar la singular paradoja terminológica que se había originado, el alevín de dialectólogo que se disponía a estudiar «El habla de Villaliebres de Enmedio» tomaba el rábano por las hojas, y pensaba que lo que se esperaba de él era que se pusiera a escuchar las gracias personales de los villaliebrenses y que señalara las anomalías y diferencias expresivas de aquella gente con respecto a los usos de Villaliebres de Arriba y Villaliebres de Abajo. Con sus cuadernos repletos, imaginaba incluso que estaba hallando el camino de la lingüística del habla, el camino que había rehusado Saussure al llegar a la bifurcación. He aquí como, pues, por mor de una polisemia contradictoria, de la malhadada ambigüedad del término «habla», la relativamente temprana difusión del curso saussureano entre nosotros lastró en gran parte una dialectología que empezaba a tomar cierto vuelo.

Claro está que sin esas interferencias de la terminología saussureana en otros lugares estaba pasando lo mismo. En el IX Congreso Internacional de Lingüistas, celebrado en Oslo en 1958, el polaco Witold Doroszewski oponía la lengua literaria como sistema sincrónico al dialecto como principio diacrónico, es decir como «parole». La dialectología no es otra cosa, dijo, que «el estudio de los hechos

de «parole» llevado a amplia escala y teniendo en cuenta la repartición geográfica de los hechos estudiados»⁸. Y es curioso que Doroszewski, que se muestra profundamente saussureano, ignore la afirmación del maestro acerca de la esencial identidad de naturaleza entre dialecto y lengua a que antes nos referimos⁹.

Por si todo esto era poco, el término «idiolecto», puesto en circulación con posterioridad por los lingüistas norteamericanos (Bloch, Hall), y la propia peculiaridad conceptual que representa, ha venido a complicar más las cosas y a aumentar en algunos casos el índice de confusión. El «idiolecto», definido por sus promotores como «el conjunto de hábitos lingüísticos de un individuo determinado en un tiempo dado», resulta, en un análisis superficial, fácilmente atribuible al campo del habla saussureana, en cuanto se piense en el carácter individual de ésta opuesto al social que le corresponde a la lengua. Pero el idiolecto es también «langue» y no «parole», no el ejercicio individual de la lengua, sino el sistema de la lengua tal como lo posee el individuo. Sin ese nombre estaba ya claramente descrito por el propio Saussure:

«La lengua existe en la colectividad en la forma de una suma de acuñaciones depositadas en cada cerebro, más o menos como un diccionario cuyos ejemplares, idénticos, fueran repartidos entre los individuos. Es, pues, algo que está en cada uno de ellos, aunque común a todos y situado fuera de la voluntad de los depositarios»¹⁰.

El concepto de idiolecto, tan preciso y tan relacionado con la metodología dialectal, con la metodología de encuesta, ayuda, bien entendido, a comprender el inexorable carácter estructural que ha de tener toda investigación dialectal bien hecha.

Y llamo investigación dialectal bien hecha a la realizada sistemáticamente, mediante interrogatorio, con cuestionario previamente elaborado aunque no rígidamente utilizado, una pesquisa directa del idiolecto de un individuo y luego de tantos otros individuos como sean necesarios para trazar el diasistema dialectal correspondiente. Y afirmo que ningún tipo de investigación lingüística es tan directamente estructural como éste.

⁸ W. Doroszewski, *art. cit.* pág. 557.

⁹ Cf. Saussure, *Curso*, pág. 308.

¹⁰ *Curso*, pág. 65.

Explicaré lo que quiero decir. Todo tipo de investigación lingüística, menos ésta, está necesariamente basado en el estudio de los textos, de los productos lingüísticos, del habla en una palabra. «El habla es necesaria para que la lengua se establezca», decía Saussure¹¹, y desde luego el establecimiento de las invariantes en un corpus suficiente de textos, orales o escritos, parecía el único procedimiento para llegar al sistema. Parecía, pero hay un método directo, el de la encuesta dialectal que digo.

El dialectólogo que interroga a un informante, mediante un cuestionario, no está fijando invariantes en el discurso del sujeto ni haciendo simples anotaciones sobre la utilización de la lengua en libre ejercicio por un hablante, está accediendo directamente a un idiolecto, obteniendo la imagen del código que el individuo posee.

Para Saussure, que nunca nos cansaremos de citar y que en cada relectura enseña algo nuevo,

«la lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación y la reflexión no interviene en ella más que para la actividad de clasificar... El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad, en el cual conviene distinguir: 1.º, las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2.º, el mecanismo sicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones»¹².

Y resulta para mí evidente, tras mi dilatada experiencia de dialectólogo, que en un interrogatorio dialectal, según un cuestionario ordenado y bien estructurado, lo que se obtiene del sujeto, no son combinaciones por las que él utilice conscientemente el código para expresarnos su pensamiento personal, sino el propio código como producto registrado pasivamente por él, y sin otra actividad reflexiva por su parte que la clasificadora a que se refiere Saussure, que le permite contestar nuestras preguntas y establecer las relaciones sintagmáticas y asociativas necesarias para ello. Bien es verdad que para responder a esas preguntas utilizará el mecanismo sicofísico que corresponde al habla, lo cual permitirá por añadidura, al dialectólogo,

¹¹ *Curso*, pág. 64.

¹² *Curso*, pág. 57.

tólogo, estudiar también la sustancia de la expresión, los sonidos como tales sonidos, y hacer así la fonética del dialecto.

Ahora bien, conviene precisar, y a esto venía, que si la sustancia de la expresión son los sonidos con que el hablante realiza su propio sistema fonológico, la sustancia del contenido es el propio sistema lingüístico, la lengua funcional por la que se pregunta, su imagen del código, lo cual quiere decir —recordemos a Hjelmslev— que la conversación entre informante y dialectólogo, el acto como tal de la encuesta, no se realiza en términos de lengua, sino de metalengua. Insisto: No es que sea sólo el dialectólogo quien use un metalenguaje —lo que sería perfectamente normal, pues es lo que hacemos de continuo los lingüistas en el ejercicio de la profesión—, sino que también lo usa el informante, analfabeto tal vez, y ofrece la lengua así directamente, sin intermedio de habla. Cuando el dialectólogo anota *abercoque* o *damasco*, *repéndola* u *oropéndola*, *esteva* o *man-cera*, *curiana* o *cucaracha*, no es que el informante ha hablado de esas realidades, sino que ha comunicado esos signos lingüísticos. He aquí el prodigio del interrogatorio dialectológico, que le da singularidad y primacía entre los métodos de indagación lingüística. El único directo y el único naturalmente estructural.

Si esto es así como vengo diciendo, si la condición estructural de la dialectología es así de evidente, ¿qué sentido tiene la mencionada interrogación de Weinreich acerca de la posibilidad de una dialectología estructural y la extensa secuela bibliográfica a que dio origen? Confusionismo terminológico, desviaciones del objeto y abundancia de una dialectología desnortada, puro amontonamiento indiscriminado de datos, labor casi siempre de aficionados y de principiantes que proclamaban como método lo que sólo es carencia de él: observación continuada y dejar hablar, sin interrogatorios. Establecida la coartada metodológica, podía tacharse la Geografía lingüística, lo único serio que se hacía en el campo dialectológico, de dialectología apresurada, basada en encuestas poco de fiar. Falacias y confusiones. Cuando yo hablo de Dialectología hablo de Geografía lingüística, y en algún trabajo dialectal he escrito que desde luego la Geografía lingüística no puede sustituir a los estudios monográficos y pormenorizados de las hablas locales, pero siempre que esas monografías se realicen seriamente y con métodos aprendidos de la Geografía lingüística. No se trata, pues, creo, de investigaciones de naturaleza

distinta, sino de diferente concentración y, por supuesto, de presentación muy diversa.

Como gran parte de esas discusiones en torno al estructuralismo dialectológico están fundadas en la apariencia más externa de los productos de la investigación dialectológica, tal como se nos ofrecen, no tiene nada de extraño que uno de los disputadores, el húngaro Hutterer, haya intentado resolver salomónicamente la cuestión, otorgándole plaza a la Dialectología dentro del estructuralismo («el dialecto puede ser descrito e interpretado en base a datos solamente lingüísticos, con exclusión total de todos los criterios extralingüísticos») y dejando puertas afuera la Geografía lingüística con sus mapas, disciplina híbrida para él, fácil de apartar hacia los ejidos de la lingüística externa¹³.

Naturalmente no voy a ser yo quien encuentre estructuras elaboradas en la cartografía lingüística, porque está claro que no existen, pero si un mapa no dice nada, cuatro mapas pueden decir algo, como en seguida se verá. Al fin y al cabo un atlas no es más que una colección de materiales para el estudio y cada cual les dará la utilización que estime más conveniente, sin que pueda descartarse la estructural. El principio metodológico de la encuesta responde, como hemos visto, a una concepción sistemática, estructural, y los materiales cartografiados pueden polarizarse fácilmente en sus estructuras al estudiarlos.

En 1965, en la revista *Archivum* de la Universidad de Oviedo, estudié el campo semántico 'arar' en Andalucía sobre la base de cuatro mapas del ALEA, los correspondientes a las cuestiones *roturar*, *barbechar*, *binar* y *terciar*¹⁴. Demostré allí que los materiales proporcionados por la Geografía lingüística, cuando el cuestionario es denso, poseen un extraordinario valor para estudiar estructuralmente el significado. Hasta 19 tipos de estructura semántica hallé para «arar» en la región andaluza, sobre un total de 223 puntos en que se habían interrogado esas cuestiones, es decir 223 idiolectos o lenguas funcionales.

¹³ Véase el opúsculo de Hutterer ya citado en la nota 2.

¹⁴ AO, 15, págs. 73-111.

Como la semántica estructural, entonces en sus inicios, operaba y sigue operando, a la hora de comparar, apenas con media docena de lenguas históricas y difícilmente sale del campo de los colores o de la madera u otros por el estilo, encontrar la posibilidad de comparar 223 lenguas funcionales resultaba algo inusitado y la cifra de 19 tipos distintos de estructura semántica para un campo aún no ha sido superada. Si tenemos en cuenta que el método comparativo está en la base del estructuralismo, cuya regla de oro metodológica es, según Lévi-Strauss, la de que sólo se conoce por diferencia, veremos que las posibilidades que ofrece a este respecto la Geografía lingüística son incalculables, y quizá sea el único terreno en que se puede llegar cómodamente al ideal estructuralista de la algebrización de las formas de contenido, aislándolas asépticamente de los significantes que las soportan. Yo en mi trabajo reduje a fórmula las 19 estructuras semánticas y demostré un principio que considero esencial en una semántica estructural bien entendida, el de que las formas del contenido léxico son aislables y pueden ser objeto independiente de estudio.

Si esos 19 tipos de estructura semántica de un campo siguen siendo una cifra record, como he dicho, es porque el método de estudio geográfico-lingüístico por mí iniciado no ha tenido continuadores. En parte porque la Geografía lingüística en su segundo nivel de investigación, el de la interpretación de los materiales, se mueve aún por otros derroteros, y en parte porque en su primer nivel, es decir el de las encuestas, los cuestionarios no han sido por lo general lo suficientemente densos como para ofrecer, con abundancia y seguridad, conjuntos de mapas realmente idóneos para esta clase de estudios. Yo ya indicaba en el mío que sólo mi condición de colaborador del ALEA, el hecho de haber participado extensamente en su realización y poder así manejar, casi en un 50 por 100, materiales obtenidos precisamente por mí, me permitía moverme con soltura en la interpretación semántica y conocer hasta qué punto podía haber o no otras diferenciaciones despreciadas por el cuestionario. De todos modos, algo se puede hacer con lo existente y, por descontado, todo atlas futuro deberá tener en cuenta estos presupuestos semánticos y su privilegiada situación metodológica en lo que al estructuralismo se refiere. Podemos decir que, dada la sistematización de los cuestionarios, el acceso directo a la lengua que han permi-

tido, el uso de un metalenguaje, en fin, todos los aspectos de la encuesta dialectal que hemos venido tratando, los dialectólogos de encuesta han sido estructuralistas sin saberlo; lo único que hace falta es que adquieran conciencia de ello y perfilen, en función de ese conocimiento, unos métodos que la rutina ha podido tal vez anquilosar.

Pondré un ejemplo ilustrador. Nada tan seguro, se ha venido diciendo y todos lo aceptábamos, como una respuesta obtenida por medio de una pregunta deíctica, señalando el objeto: Eso, ¿cómo se llama? Pues bien, no tan segura esa respuesta. Teóricamente un lingüista tenía razones para dudarlo, puesto que desde Saussure sabemos todos que una lengua no es una nomenclatura y una pregunta hecha de esa manera traslada a lo designado, directamente, lo que es un problema formal, un problema de significación. Pero en la práctica el hecho era tan sencillo, tan cómodo por añadidura, y de una tal evidencia, que el dialectólogo, en caso de duda posterior, se permitía incluso dogmatizar: «De eso estoy completamente seguro: tenía el objeto delante cuando lo pregunté». Ya he dicho que el error del principio podría haberse demostrado teóricamente, pero he de reconocer que en mi caso concreto tuve que vivirlo para darme cuenta de ello. En Masca, el pueblo más perdido, más difícilmente accesible de la Isla de Tenerife, hace ocho años: «Eso, ¿cómo se llama?». «Un *ramo*». Uno creía haber oído *árbol* en conversación anterior con el sujeto. «Pero, ¿no le dicen *árbol*? «No, árbol no, eso es un ramo». Horas después, en otra situación y lugar, el mismo informante: «Mire usted: está allí, debajo de aquel árbol». «Pero, ¿no decía usted que eso se llamaba *ramo*? «No, eso es un árbol». «Pero, ¿por qué es un árbol». «Pues porque es un árbol». Y al rato otra vez *ramo* en la conversación. «Vamos a ver, ¿pero qué diferencia hay entre *árbol* y *ramo*?». «¡Hombre, qué diferencia va a haber, que el árbol da fruto!». Y uno, pobre dialectólogo, atónito ante el hallazgo y ya para siempre con la duda de cuántas oposiciones semánticas de este tipo se le habrían escapado por no haber puesto nunca en duda las excelencias del método deíctico. Porque hallado el sema distinguidor aparecían, en el dialecto, otra serie de oposiciones correlativas a *árbol/ramo*, las de *mata/hierba* o *animal/bicho* (en este caso «doméstico»/«no doméstico») y posiblemente hasta *ave/pájaro*, basadas todas ellas en ese rasgo utilitario, e inexistentes, por el con-

trario, las que uno esperaba encontrar, del tipo *árbol/arbusto*, con relevancia del tamaño¹⁵.

Todo dialectólogo de experiencia ha tenido repetidas veces la impresión de que su informante de turno, ante la ingenuidad de sus preguntas, lo estaba tomando por un ignorante, cuando no por un imbécil. Eso es natural y es una de las servidumbres, digamos, del trabajo. Ahora bien, hay que cuidarse mucho no de parecer un imbécil, cosa que no tiene importancia, sino de resultar serlo efectivamente, y empeñarse en hacer encajar la lengua del sujeto en los moldes propios, tal como se han establecido previamente en el cuestionario, en vez de intentar obtener los moldes del sujeto, sus estructuras de contenido, su verdadera lengua, si entendemos la lengua como un sistema de valores, lo que efectivamente es.

El informante acepta bien que el encuestador ignore las palabras, desconozca los significantes, pero siempre que se muestre seguro en los significados, que demuestre conocer las realidades por cuyos nombres pregunta. Y la realidad *árbol/ramo* o *mata/hierba* para un masquero y para muchos otros tinerfeños y posiblemente muchos otros hispanohablantes es distinta de la nuestra. Si advierte el sujeto ignorancia de esa realidad probablemente ya no tomará en serio al dialectólogo y la calidad de la encuestada quedará dañada, porque ni se preocupará de contestar derecho. La encuesta dialectal es un asunto de dos personas y se necesita un mutuo entendimiento, un acuerdo en el metalenguaje que se usa, para que el interrogatorio sea eficaz.

Recuerdo a este respecto un ejemplo lingüístico, aunque referido a otro orden de cosas, que me produjo cierta impresión. Declaraba el antropólogo brasileño Omar Paranho Montenegro¹⁶ que el fracaso en los intentos de evangelización y civilización de los indios bororos tenía su causa principal en el poco respeto y la escasa garantía que misioneros y exploradores ofrecían a estas gentes, pues demostraban nada más llegar su ignorancia, y además se mantenían en ella, nom-

¹⁵ Sobre estas distinciones ha escrito Ramón Trujillo, que realizó la encuesta conmigo y publicó los resultados: *Resultado de dos encuestas dialectales en Masca, La Laguna, 1970*. Especial atención ha dedicado luego a la oposición *árbol/ramo* en «Para una dialectología estructural, a propósito de un ejemplo canario», en *Homenaje a Elías Serra Rafols*, IV, págs. 393-401, Universidad de La Laguna, 1973.

¹⁶ En *Gaceta ilustrada*, núm. 609, de 9 de junio de 1968.

brando con una sola palabra portuguesa, *verde*, a casi todo color. Habitantes de la selva y viviendo continuamente dentro del verde, los bororos distinguen 17 colores en ese color, con 17 voces diferentes. Tendría el portugués que inventar 16 palabras más para que sus hablantes fuesen tomados en serio por los bororos.

El dialectólogo tiene que ir provisto igualmente no ya de palabras, que esas se las proporcionará el informante, pero sí de la serie más amplia, en cada caso, de posibles formas de contenido que le sea dado suponer. Semántica estructural de un lado y Dialectología y Geografía lingüística de otro pueden prestarse mutuamente notables servicios.

Creo que lo esencial es, en todo caso, que el investigador esté avisado y sea flexible en sus interrogatorios, es decir poniendo tanta atención en el cebo del significado con el que va a pescar sus significantes como en estos mismos. Desde el incidente de Masca yo ya suelo estarlo y procuro advertir a quien puedo en este sentido. En noviembre de 1970, en una encuesta de prácticas dialectales con los alumnos de Dialectología general de El Colegio de México, en Ixtlahuaca, cuarenta kilómetros al Oeste de Toluca, comprobamos de entrada que el pavo no es propiamente un animal, en aquel país, sino todo un campo semántico, donde más de media docena de signos distintos establecen diferenciaciones basadas en edad, tamaño, sexo, diámetro de la cola y hasta ciertas peculiaridades del moco. Y entre esos signos, el conocidísimo indigenismo *guajolote*, que uno a fuerza de literatura consideraba general, no era nada más que un lexema limitado en su significación por los demás, entre los que *pavo* también tenía su puesto.

Me he entretenido un poco en estas cuestiones de estructuralismo léxico-semántico, porque me parecen particularmente expresivas de las implicaciones estructuralistas de la Dialectología y de la Geografía lingüística y además las menos tenidas en cuenta a la hora de dilucidar las relaciones o enfrentamientos de dialectología y estructuralismo. Apenas si André de Vincenz, en el X Congreso de Lingüística y Filología Románicas, en 1962, se planteó la cuestión desde este ángulo¹⁷, salvando apenas el trabajo de Schöneweiss sobre

¹⁷ «La méthode structurale et la géographie linguistique», en *Actes du X^e Congrès International de Ling. et Phil. Romanes*, III, págs. 1019-27.

los nombres de árboles frutales en las lenguas románicas, donde se trata más bien de cuestiones sufijales y, por consiguiente, morfológicas. Aunque los intentos de la dialectología por abandonar el orden alfabético en sus ocupaciones lexicográficas y sustituirlo por una ordenación más atenta al significado, la proporcionada por la escuela de «Wörter und Sachen», son antiguos, y en ocasiones señeros, como tal vez sea el de Schöneweiss, y esa ordenación, como luego la de los mismos cuestionarios, se aproximaba bastante a una estructuración de campos semánticos, el verdadero impulso de la semántica estructural es tan reciente —no anterior a 1964— que no se le tenía en cuenta, siquiera fuera como atenuante, al ser citada a juicio por los estructuralistas.

Como por otro lado la llamada Morfología ha sido estructuralista siempre, es decir sin necesidad de que se descubriera el estructuralismo, y la Dialectología no podía ser ajena, en su trato con ella, a esa inalienable condición, y la Sintaxis nunca ha sido hasta ahora ocupación seria de dialectólogos sino de filólogos, de estudiosos de los textos, lo único por lo que se juzgaba a nuestra disciplina, en definitiva, era por su demasiada adscripción al descriptivismo fonético y su lenta aceptación de la Fonología.

Que esta aceptación, en lo que respecta a los dialectólogos españoles, no ha sido tan lenta, es fácilmente demostrable con sólo una relación de nombres: Amado Alonso, Dámaso Alonso, Alonso Zamora, Manuel Alvar, Diego Catalán, etc. Queda, claro está, la masa de la mala dialectología, de la dialectología de ocasión, pero de esa ya nos hemos ocupado bastante.

Por lo demás el ALEA fue el primer atlas lingüístico que introdujo en su cuestionario una serie de preguntas orientadas a delimitar las áreas de unas determinadas oposiciones fonológicas, las existentes entre vocales abiertas y cerradas en Andalucía Oriental. El fenómeno había escapado por completo a los explorados del ALPI¹⁸, hecho perfectamente normal dada la peculiaridad de su aparición en posiciones flexivas, nominales y verbales. Un fenómeno de ese tipo es difícil descubrirlo si no es desde dentro del dialecto, contando con

¹⁸ *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, I, Madrid, 1962; véanse al respecto los mapas números 3, 41, 61 y 72. Con la sigla ALEA me refiero al *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía*, por M. Alvar con la colaboración de A. Llorente y G. Salvador, 6 vols., Universidad de Granada, C. S. I. C., 1961-1973.

la conciencia lingüística de los propios hablantes. Al hacer el Atlas de Andalucía, el desdoblamiento fonológico de las vocales ya había sido denunciado y se incluyeron las cuestiones suficientes —series binarias de singular/plural, amén de las oportunas formas verbales— para delimitar su extensión.

En cualquier caso un fenómeno fonético puede ser interpretado estructuralmente desde los datos que ofrece un atlas de manera más convincente que pudiera serlo desde los datos presentados por una monografía, y esto conviene subrayarlo ante posiciones como la de Hutterer, a que antes aludí. Digo a este respecto lo que antes dije referido a las estructuras semánticas, que un mapa no dice nada, pero unos cuantos mapas pueden resultar reveladores.

Si tomamos el ALEA —perdónenme esta insistencia, pero no tenemos prácticamente otro de que echar mano, a escala hispánica, y yo además me muevo en él con soltura— y observamos mapas en los que aparezcan con cierta continuidad realizaciones de los fonemas /ʃ/ y /s/, encontraremos que un típico sonido andaluz, el de la *ʃ* fricativa, es decir una *ʃ* pronunciada sin momento oclusivo, una prepalatal fricativa sorda, lo que suele llamarse una *ch* francesa, aunque la andaluza suele diferir de la ultrapirenaica en la falta de labialización, encontraremos, digo, que esa *ʃ* coincide absolutamente con zonas de ceceo o de seseo con *ʃ* predorsal, que para el caso es lo mismo, y que no coincide nunca con la *ʃ* coronal plana ni mucho menos con la *ʃ* apical cóncava, típica ya del castellano pero propia también de zonas relativamente extensas del Norte andaluz. Está claro, pues, que el ablandamiento articulatorio de la *ʃ*, su pérdida del rasgo africado, se ha producido donde fonológicamente la alteración no podía ocasionar problemas, al no existir la proximidad de una *ʃ* apical o simplemente coronal, de timbre relativamente próximo, que otorgarían escaso margen de seguridad a la posible *ʃ* fricativa. Queda así más claro también que la *ʃ* castellana se equilibra fonológicamente con la *ʃ* apical y que las dos se apoyan mutuamente en su estabilidad.

Hechos fonológicos de este tipo son fácilmente discernibles en cualquier atlas publicado que se examine atentamente. Los fenómenos de polimorfismo fonético, de los que tan agudamente se han ocupado dialectólogos tan expertos como Allières y Alvar¹⁹, entre

¹⁹ Véase Alvar, *ob. cit.*, págs. 46 y ss.

otros, carecen de sentido si no se ordenan en una perspectiva fonológica. En el XI Congreso Internacional de Filología Románica, el que tuvo lugar aquí en Madrid en 1965, presenté una comunicación sobre la neutralización de G-/K- iniciales en español, fenómeno latente desde la Edad Media y que sólo acaba de verse claro, estructuralmente, desde la contundencia de los datos proporcionados por el ALPI y el ALEA ²⁰.

Los ejemplos, las claras muestras de vinculación dialectológico-estructural podrían multiplicarse. Pero estamos aproximándonos al límite del tiempo concedido y quiero acabar esta ponencia sin excederlo; permítaseme que apunte, finalmente, que hasta el más tradicional y flagrante desviacionismo de la dialectología hacia lo externo, su vieja afición etnográfica, se ha convertido ahora, rebautizada la Etnología con el sonoro nombre de Antropología cultural y convertida en modelo de estructuralismos de toda laya, gracias a la indudable genialidad de Lévi-Strauss, se ha convertido, digo, su mixtura etnográfica en un posible hilo más de su ineluctable condición estructuralista.

Condición estructuralista que creo ha quedado clara a lo largo de esta disertación. La distinción «lengua»/«habla» en dialectología no tiene nada que ver ni debe nunca confundirse con la antinomia saussureana que expresamos en español con términos idénticos. Lengua, dialecto, habla, idiolecto son precisiones dialectológicas en cuanto a la extensión del sistema, pero se refieren siempre a él, cuando más a la norma, es decir en todo caso a la «langue», nunca a la «parole». Como Saussure dejó dicho, la diferencia es de cantidad, no de naturaleza.

Los dialectólogos estudiamos lenguas, no hablas, y además somos los únicos, entre los lingüistas, que podemos estudiar la lengua directamente, sin pasar por el habla, usando un metalenguaje para acceder al sistema, según creo haber demostrado. La encuesta dialectal constituye, pues, una especie única en la investigación lingüística, y es por esencia un método estructural.

La Geografía lingüística ofrece mayor posibilidad que ninguna otra rama del estudio de la lengua en orden a la comparación de

²⁰ «Neutralización G-/K- en español», en *Actas del XI Congreso Inter. de Ling. y Fil. Románicas*, págs. 1739-1752.

lenguas funcionales en número muy amplio, y brinda así un excelente campo de observación a la semántica estructural.

Todo esto confirma la razón de aquella mi estrañeza, de que les hablé, ante el título del famoso artículo de Weinreich. Porque yo entonces, 1955 ó 56, novel dialectólogo de campo, explorador de atlas lingüístico, sabía ya todo esto intuitivamente, estaba seguro de que, en todo caso, mi tarea era estructuralista. Y lo sabía no sólo por aquellas circunstancias de haber sido discípulo póstumo de Ferdinand de Saussure, que me había proporcionado un cuerpo de clara doctrina lingüística, y discípulo directo de Manuel Alvar, que me había encaminado hacia una dialectología rigurosa y exigente, de métodos muy precisos, lo sabía ya también por mi propia experiencia de dialectólogo, porque me lo habían confirmado mis propias investigaciones, mis conversaciones metalingüísticas con los informantes.

Un dialectólogo de verdad acaba aprendiendo mucho de los sujetos de sus encuestas. Ellos son en definitiva los que le enseñan a preguntar, los que ayudan a perfilar el cuestionario, los que apuntan distinciones que el dialectólogo ignoraba, los que orientan el orden preciso del interrogatorio, los que ilustran acerca de la realidad representada por el sistema lingüístico que se averigua. Y alguna vez esto lo hace el sujeto conscientemente, convencido de su saber, sabiendo que instruye.

Quiero recordar aquí, a este respecto, a mi primer informante del ALEA, Curro el Pilaro, de Facinas, provincia de Cádiz, municipio de Tarifa, una aldea alta y serrana, sobre el Estrecho de Gibraltar. Eran los últimos días de 1953 y yo iniciaba la serie de 110 encuestas que sería mi aportación final a ese atlas. Aunque ya me había doctorado con tesis dialectológica sobre un habla local y había hecho prácticas parciales de encuesta, era sin embargo la primera vez en que me encontraba con la necesidad de rellenar un cuestionario de dos mil y pico de preguntas en un tiempo tasado, tres o cuatro días, y con sujeto único a ser posible. Era mi paso de la sosegada dialectología casera de la monografía doctoral al urgente ajeteo de la geografía lingüística. Y no las tenía todas conmigo, albergaba serias dudas de que fuera realmente factible llevar a cabo esa tarea, había leído tal vez demasiadas críticas a los procedimientos de encuesta seguidos para la elaboración de atlas, no confiaba —y eso era lo peor— en

que bastaran un sujeto y el tiempo establecido para obtener una imagen válida del dialecto.

Mis dudas eran tantas que, con peor suerte, hubieran podido dar al traste allí mismo con mi carrera de dialectólogo. Pero tuve la fortuna de encontrar a Curro el Pilaro como informante. Y Curro el Pilaro, un alto y recio campesino de 60 años, inteligente y analfabeto, advirtió lo que me pasaba y me tomó bajo su protección y magisterio: «No, maestro, esto no lo pregunte usted ahí; yo sé lo que usted quiere decir, pero no to er mundo se banterá; esto pregúntelo usted de esta manera...» o «Entre esto y esto usted dice hay otra cosa que yo se la voy a explicar a usted pa usted la sepa...». Y el segundo día, en un momento en que yo hojeaba las páginas aún blancas del cuestionario, calculando lo que quedaba por preguntar, me dice —y a esto quería venir a parar—, me dice: «No se desinquiete usted, maestro, que toah esah palabrah que tiene usted que apuntá aí, lah tengo yo aquí en la cabeza, ca una en su sitio y ca una halará de lah que tenga que halá».

Todas en la cabeza, cada una en su sitio y cada una tirando de otras, relacionada con otras. Ante esta afirmación estructuralista, saussureana, de Curro el Pilaro, a quien siempre se la tendré que agradecer, yo adquirí la seguridad que necesitaba y supe ya para en adelante y hasta hoy esas cosas que hoy les he ido formulando a ustedes. Por eso, para mí, ha carecido siempre de sentido la interrogación de Weinreich y las dudas que ha suscitado. No creo que debamos nunca preguntarnos si es posible una dialectología estructural, sino más bien si es posible continuar llamando dialectología a todo lo que se nos siga ofreciendo con tal nombre pero alejado de esa línea de investigación.

GREGORIO SALVADOR